

A certeza como indizível e a sua presença invisível

Certainty as unspeakable and its invisible presence

DIEGO PEREIRA RÍOS¹

Resumo: Este artigo procura questionar as convicções pessoais que normalmente consideramos certas, uma vez que raramente as conseguimos explicar. Para isso, não só questionaremos a certeza que nos consideramos ter, mas também tentaremos aceder ao passo anterior: o ser que pensa a certeza. As limitações da linguagem lógico-científica demonstrarão a incompreensibilidade da existência, pelo que será necessária outra linguagem, por exemplo, a linguagem metafórica. Através desta linguagem avançamos para uma percepção mais certa do ser, mas que se nos revela indizível e, por sua vez, invisível. A primeira certeza alterar-se-á no decurso da reflexão sobre o fundamento da existência.

Palavras-chave: Certeza. Existência. Linguagem. Indizível. Invisível.

Abstract: This work we seek to question those personal convictions that we normally consider certainties, since we will rarely be able to account for them. In order to do so, we will not only question the certainty that we consider ourselves to have, but we will also try to access the previous step: the being that thinks certainty. The limitations of the logical-scientific language will demonstrate the incomprehensibility of existence, so that another language will be necessary, for example, the metaphorical one. Through this language we move towards a more certain perception of being, but which reveals itself to us as unspeakable and, in turn, invisible. The first certainty will change in the course of reflection on the basis of existence.

Key-Words: Certainty. Existence. Language. Unspeakable. Invisible.

Introducción

¿Cómo hablar sobre aquello que es indecible? ¿Cómo mostrar lo que es, en sí mismo, invisible? Son apenas dos de las infinitas preguntas que surgen de la dificultad que experimentamos al desear expresar nuestras más profundas convicciones. La inabarcabilidad de nuestra existencia se revela cuando queremos decirlo, nombrarla y se nos esconde cuando queremos dar muestras de su presencia, o sea, presentarla a los demás. Mucho más que posibles pruebas o argumentos convincentes para justificar un hecho en la realidad, hay más incompreensión e incertidumbre, y muy pocas certezas. Sin embargo, todos

¹ Doutorando en Filosofía (UNIOESTE-Toledo PR), bolsista Programa CAPES, Mestre em Teología Latinoamericana (UCA-El Salvador), Professor de Filosofia (UM-ANEP Uruguai). E-mail: pereira.arje@gmail.com

poseemos convicciones internas que, de una forma u otra, guían las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra vida y que marcan el ritmo de nuestras acciones exteriores. Es como cuando expresamos: “no sé explicarlo, pero debo hacer esto o aquello”. O, por ejemplo: “estoy convencido de que este es el paso que debo dar en mi vida”. Sin reparar en la diferencia cualitativa de ambas frases (la segunda posee un elemento de orden ontológico) lo que quiero hacer ver es que hay un móvil interior que empuja a todo el ser de la persona a tomar tal o cual decisión.

En este texto busco adentrarnos en un ejercicio filosófico para cuestionarnos acerca de lo que experimentamos cuando convivimos con esas ideas consideradas certezas o verdades interiores -y, por tanto, subjetivas- e intentamos confirmarlas mediante toma de decisiones u actos que procuran dar cuenta de aquello que hemos pensado, mediante una explicitación objetiva externa. Hay en esto una gran complejidad, pues, bajo el ideal de libertad a menudo creemos que podemos pensar lo que queramos y llevarlo a cabo dentro de la realidad, donde la única limitación serían los otros a los cuales les debo respeto. Pero, considero que cada vez más, el primer obstáculo somos nosotros mismos: el yo que piensa e intenta ser libre a partir de lo pensado, necesita de un esfuerzo reflexivo que le de ciertas garantías acerca de lo que ha pensado. Esto le exige una cierta cautela de no dejarse llevar tan rápido por lo hallado en primer lugar y volver a examinar la certeza que ha encontrado.

Es aquí donde aparece lo no pensado, donde se hace presente lo invisible, que no negará la capacidad racional del ser humano, pero si revela dimensiones ininteligibles de la existencia.

Lo pensado como certeza

Cuando pensamos algo que se nos presenta como indubitable hay una clara sensación metafísica de certeza que nos permite una cierta tranquilidad interior de que eso que es pensado es así, y no de otra forma. Y digo “sensación metafísica” queriendo abarcar todo el ser de la persona y no solamente a la dimensión corporal. Digamos metafísico u ontológico, ya que referimos a que tal idea es capaz de condicionar su inteligencia, su voluntad, su corporalidad y su afectividad. Tal idea es capaz de impulsar la existencia de una persona hacia horizontes aún

impensados, apenas si pudo imaginarlos o soñarlos. De todas formas, esta misma certeza que se experimenta aún debe ser revisada, examinada, a la luz de la razón o inteligencia. Como afirma Ponty: “Una filosofía reflexiva, a menos que se ignore a sí misma, está llevada a interrogarse sobre lo que la precede, sobre nuestro contacto con el ser en nosotros y fuera de nosotros, antes de toda reflexión” (MERLEAU-PONTY, 2010, p. 74).

En este sentido, ante una certeza semejante que es capaz de redireccionar la vida de una persona, hay que dar un salto hacia el momento previo de la certeza y colocarla en un lugar de interrogación.

Se trata de no dejarse llevar por el primer impulso. Varias de las decisiones erróneas de grandes personajes de la historia, han nacido de convicciones interiores que no fueron reflexionadas suficientemente, o no fueron permeables a cuestionamientos. Hay que empeñarse en realizar un examen de esa misma certeza que se percibe y que a primera vista se nos revela con cierta claridad y distinción cartesianas. Quizá sobre esto refiere Jaspers cuando habla acerca de la fe filosófica: “La fe filosófica quiere, luego, aclararse a sí misma. Filosofando no acepto nada simplemente, sin penetrarlo totalmente, como se me impone. La fe no puede tornarse saber de validez universal, sino que debe hacérsenos presente por autoconvicción” (JASPERS, 1953, p. 13). Esta convicción que nos mueve, por más cierta que se presente, debe ser puesta entre paréntesis, sometida a una *epojé*, para procurar con mayor ahínco que pueda dar sustento a las acciones que posteriormente se podrán realizar.

En este sentido, se intenta alcanzar una cierta verdad dentro del ámbito de lo personal, del hombre que filosofa: “Es lo que él, desde su origen, comprende como verdadero, llevándolo al presente con todos los órganos de su ser” (JASPERS, 1953, p. 25).

Un aporte a nuestra reflexión nos proporciona Marcel que hablará de la necesidad de una reflexión segunda, cuando se trata de cuestiones de la existencia. Según este autor, la reflexión primera es una reflexión objetivizante desde su comienzo, donde el yo se distancia necesariamente del objeto de la reflexión. Esta separación entre sujeto pensante y objeto pensado es la abstracción propia de las ciencias. En filosofía se hace necesario una reflexión segunda que implica una

recuperación de la unidad originaria entre el ser y el pensar, pues no se puede pensar el ser sin estar siendo y sólo es posible pensar a partir del ser, que es ontológicamente anterior. En este sentido, no es que alguien tiene una existencia, sino que “en el interior de toda posesión, de todo modo de posesión, hay un núcleo de sentido, y que ese núcleo no es otro que la experiencia, en sí misma intelectualizable” (MARCEL, 1953, p. 97). La experiencia de la existencia, que incluye una certeza captada en un primer momento al interior de la persona, no puede ser un conocimiento seguro ya que “El conocimiento interior al ser se halla envuelto por él: el misterio ontológico del conocimiento. No podrá ser conseguido sino mediante una reflexión de segundo grado que se apoye sobre una experiencia de la presencia” (MARCEL, 1969, p. 142).

Experiencia paradójal del lenguaje

Continuando con nuestra reflexión, tendremos un hecho concreto: experimentamos una certeza que se hace presente ante nosotros la cual no podemos negar. Dicho de otro modo, esa certeza es una afirmación de nuestro propio ser que es arrastrado irremediabilmente hacia ella. De modo que hay una primera constatación de la presencia de dicha certeza ante nuestro ser y, por otro lado, dicha certeza tiene la importancia de ser una autoconvicción, o sea, una convicción que cada uno experimenta y de la cual se va convenciendo que es cierta o verdadera. He aquí la paradoja: hay algo que podemos experimentar como presencia pero que no podemos describir en su totalidad y, a su vez, aún con las posibilidades del pensamiento, no sólo no podemos explicárselos a otros, sino que no somos capaces de comprenderla nosotros mismos. Como afirma Grassi, estamos ante la presencia de una paradoja: “la paradoja se ubica en lo imposible y lo posible: en lo imposible real, y en lo imposible ideal [...] La paradoja permite un movimiento, un devenir que la atraviese, sin estar, empero, en el orden de lo real” (GRASSI, 2014, p. 105). Ante la realidad de la certeza, quisiéramos comprenderla, pero no podemos por la misma limitación de nuestro lenguaje, aunque carguemos con el ideal de poder hacerlo.

Entonces ¿cómo podremos hablar de aquello que no podemos comprender? Desde el pensamiento racional experimentamos la exigencia de explicarlo todo y sufrimos ante la presencia de una certeza que, en su mismo fundamento, no puede ser explicada. Aún así, no podemos dejar de pasar por el examen a dicha certeza ante la cual hay espacio para su interrogación. Pero someter a interrogación a la certeza también cuestiona al mismo ser que piensa y que experimenta la certeza. Pero, al decir de Merleau-Ponty:

La interrogación no es aquí un comienzo de negación, un «puede ser» puesto en lugar del ser. Es, para la filosofía, la única manera de concordar con nuestra visión de hecho, de corresponder a lo que, en ella, nos hace pensar, a las paradojas de las que está hecha; de ajustarse a esos enigmas figurados, la cosa y el mundo, en los que el ser y la verdad masivos rebosan de detalles imposibles (2010, p. 18).

No se trata entonces un actuar dialéctico donde ante la tesis de la certeza, antepongamos una negación cualquiera para alcanzar una síntesis que sea aceptada. Es más bien la exigencia de someter al tribunal de la razón, mediante la interrogación del mismo pensar y el mismo ser, procurando afianzar y reafirmar la primera convicción, aun en el medio de la incomprensión.

Esta es la experiencia paradójica a la cual estamos todos sometidos, sin distinción alguna y sin reparar en las posibles diferencias en cuanto a la inteligencia racional. Cuando alcanzamos una cierta certeza nos encontramos ante un vacío que nos empuja hacia ella, y no podremos caminar con pasos firmes, sino que deberemos saltar pues no podemos asegurar el éxito. Si la certeza aceptada conlleva un cierto grado de verdad, esta verdad no puede ser descrita como tal hasta que pueda comprobarse en la realidad, por tanto, solamente será aproximativa.

Es aquí donde aparece la necesidad de un otro lenguaje, y no el científico, que pueda dar cuenta de tal situación. Por ejemplo, Ricœur propone la utilización de la metáfora como instrumento que amplía, no sólo el sentido del lenguaje, sino el sentido de la vida humana. No es solamente un desplazamiento hacia la realidad

mediante palabras, sino que es una afirmación atrevida hacia el mundo. En este sentido, la metáfora

Al mismo tiempo, subraya el carácter de paradoja infranqueable que se vincula a un concepto metafórico de verdad. La paradoja consiste en que no hay otra forma de hacer justicia a la noción de verdad metafórica sino incluir el aspecto crítico del «no es» (literalmente) en la vehemencia ontológica del «es» (metafóricamente) (RICOEUR, 1980, p. 340).

Cabe preguntarnos si la supuesta certeza lo será al fin, luego de pasado el examen y, sobre todo, luego de ser expresada en un lenguaje que debe atravesar la realidad ontológica para decir algo que sabemos que no es, pero que intenta ser algo que, a su vez, sabemos que es (por ejemplo: cuando nos preguntan cómo estamos y respondemos “Bien” cuando realmente no lo estamos, quizá no estamos mintiendo, sino que puede ser la expresión de un deseo, de cómo necesitamos estar).

Pensar es vivir en la incertidumbre

341

Lo dicho hasta aquí revela la situación en la que se encuentra toda persona que afirma tener una convicción, que considera cierta, sobre algún aspecto de la realidad: no puede escapar a la paradoja de sentirse impedido de comprenderla en su totalidad, y sólo podrá confirmarlo luego, en un hecho exterior. Pero este hecho exterior tiene como antesala no sólo la convicción hallada, sino -como ya se dijo- su examen o su cuestionamiento, que va más allá de lo traducido en palabras a partir de la idea surgida, sino que pone en cuestión al ser mismo del que piensa. Por eso, en cuestión del lenguaje a ser utilizado, es que todo este proceso conforma un fenómeno complejo, que parte de una cierta seguridad intelectual y que camina hacia una incertidumbre de carácter existencial. Siguiendo a Goldstein:

Desde que el hombre se sirve del lenguaje para establecer una relación viviente consigo mismo o con sus semejantes, el lenguaje ya no es un instrumento, ya no es un medio, es una manifestación, una revelación del ser íntimo y del vínculo psíquico que nos une al mundo y a nuestros semejantes (GOLDSTEIN, 1960, p. 209-210).

Por tanto, si bien el lenguaje es el que posibilita la explicitación de la convicción que experimentamos, nos hace tomar conciencia que, al constatar la convicción, también experimentamos la posibilidad de revelar algo de nuestro ser más íntimo a los otros. De aquí la importancia de aprender a convivir con esta situación tensionante.

Hablamos entonces de una cierta certeza que podemos hallar, sea por intuición o por un razonamiento, pero que nos dice interiormente que hay una situación que es cierta, verdadera. A su vez, vemos que no podemos revelar ni el momento, ni el procedimiento que nos llevó a dicha certeza. Siguiendo a Merleau-Ponty, en el cuestionamiento de ese ser íntimo que somos, el pensamiento no existe por sí mismo al interior de la persona. Tampoco está fuera del mundo y de las palabras que utilizamos. Todo lo que logramos pensar existe ante de nosotros por lo que incluso la misma noción de certeza alcanzada, necesariamente debe ser puesta en cuestión. Dirá el filósofo francés que

El pensamiento no es algo «interior», no existe fuera del mundo y fuera de los vocablos. Lo que aquí nos engaña, lo que nos hace creer en un pensamiento que existiría para sí con anterioridad a la expresión, son los pensamientos ya constituidos y ya expresados que podemos invocar silenciosamente, y por medio de los cuales nos damos la ilusión de una vida interior. Pero, en realidad, este supuesto silencio es un murmullo de discurso, esta vida interior es un lenguaje interior. El pensamiento «puro» se reduce a un cierto vacío de la consciencia, a un deseo instantáneo (MERLEAU-PONTY, 1994, p. 200).

342

Según Merleau-Ponty el pensamiento puro no es más que un vacío, un espacio de la conciencia donde puede estar este mismo deseo de comprenderlo todo, necesidad natural del ser humano ya dicho por Aristóteles. Esto podría cuestionar nuestra idea de certeza, partiendo que ha sido una idea que aprehendimos mediante palabras de otros y asumidas como ciertas. Incluso la propia ilusión de confirmar la autoconvicción alcanzada, necesita de una objetivación que puede darse o no, al exterior del sujeto, en el mundo. Con ello necesitamos desconfiar un poco más acerca de nuestras convicciones y dudar de su contenido, cuando el continente puede estar moldeado según las ideas de otros. Como advierte Lévinas:

De ahí también el hecho de que, fuera de la parte que la subjetividad juega en el develamiento del ser, todo juego que la conciencia jugase por su propia cuenta no sería más que un velamiento o un oscurecimiento de la esencia del ser, un engaño o ideología cuyo estatuto es difícil de establecer sin equívoco. Engaño o ideología que puede interpretarse tanto como puro efecto de la finitud del ser como efecto de una astucia (LÉVINAS, 1987, p. 205).

Se debe tener claro que será imposible para el sujeto tener claridad sobre sus ideas o argumentaciones a favor de cierta certeza, bajo el peligro de estar encubriendo su propio ser. De ahí el clima de incertidumbre en el cual nos encontramos. Necesitamos aprender a convivir con esta situación de no comprensión de nuestra existencia. Al decir de Marcel “Siguiendo este camino, insistimos sobre el hecho de que mi vida es literalmente inaprehensible; parece que se me escapara, y aun que escapara a sí misma” (MARCEL, 1953, p. 58).

La fuerza de lo indecible

Las convicciones que vamos encontrando en nuestra vida, no son mera coincidencia, sino que son fruto de esas búsquedas profundas de todo ser humano, planteadas como interrogantes. Lo que no logramos decir habita en nosotros, es parte de nosotros, del ser que somos y de aquello que deseamos ser. Si hay una seguridad en la convicción es de que somos y estamos vivos, sin importar la certeza de la convicción. Este es el paso anterior, del cual no importa tanto su explicación sino su experiencia. Aun así, el lenguaje es el único camino para alcanzar al ser que somos. Como dice Lispector:

La realidad es la materia prima, el lenguaje es el modo como voy a buscarla, y como no la encuentro. Pero del buscar y no del hallar nace lo que yo no conocía, y que instantáneamente reconozco. El lenguaje es mi esfuerzo humano. Por destino tengo que ir a buscar y por destino regreso con las manos vacías. Mas regreso con lo indecible. Lo indecible me será dado solamente a través del lenguaje. Solo cuando falla la construcción, obtengo lo que ella no logró (1964, p. 112).

En su esfuerzo por comprender, la autora busca en la realidad mediante el lenguaje, pero afirma que solamente vuelve de dicho esfuerzo con lo indecible.

Con ello, “Lo indecible es lo inagotable, es decir, lo que hace que lo decible no sea un mero accesorio, un simple instrumento, sino el recurso inabdicable de ir más allá, o quedarse corto. Por eso, lo indecible se revela como lo que precede, pero también excede”² (FREITAS, 2023, p. 185).

En Clarice también se revela la fuerza de algo que no se puede captar, dominar o manipular, que es así mismo indecible, pero de lo cual todo ser humano puede dar cuenta, pues se lo reconoce. La fuerza de lo indecible, de lo que habita en nosotros y para lo cual no tenemos palabras que logren expresarlo, se nos presenta como anterior. Y como dice Freitas, no sólo nos precede, sino que nos excede, nos atraviesa de tal manera que siempre deberemos estar volviendo a esa dimensión de lo indecible. Incluso, la experiencia del vivir presente, en este juego vital de ir en búsqueda de lo que no podemos hallar, nos hace experimentar cierta extrañeza actual, como quien vive como exiliado. Dirá Marcel que “Debemos por tanto concentrar nuestra atención sobre un ser que tiene la conciencia de no coincidir con el sitio en que está, es decir, con un lugar de exilio que es accidentalmente suyo” (1953, p. 176). La falta de explicaciones ante los acontecimientos que se nos van presentando en el transcurso de la vida, nos revelan la inestabilidad de la existencia que se vivencia como des-ubicada, como hallada en un no-lugar, y de la irrenunciabilidad a buscar respuestas a las intuiciones acerca de la realidad de la cual poco podrá decir.

Y he aquí que nos encontramos con una nueva situación paradójica: partimos de una certeza primera, una autoconvicción que se vivencia como un impulso hacia una verdad pero, luego de un segundo esfuerzo reflexivo, alcanzamos una nueva dimensión del ser, ontológicamente anterior al pensar.

Esta nueva dimensión se experimenta como una fuerza contraria que nos hace sentir extraños a nosotros mismos sin que podamos explicitarla. Es la fuerza de lo indecible, de lo que no podemos comprender ni verbalizar, que se experimenta como imposible. Pero, “Si el pensar es creativo, es decir, extraño a un proceder técnico mediante conceptos operatorios, un primer gesto del pensar puede ser

² Traducción personal del original en portugués: “O indizível é o inesgotável, isto é, o que torna o dizível não um mero acessório, um simples instrumento, mas o recurso inabdicável de ir além, ou estar aquém. Por isso, o indizível se revela como aquilo que precede, mas também excede”.

análogo al del poetizar: arrancar el concepto de su estructura operativa y habitual” (GRASSI, 2014, p. 106). Esto implica un continuo esfuerzo por encontrar nuevas formas de lenguaje que den cuenta de nuestras convicciones que no son traducibles en un lenguaje lógico, pero que no por eso son menos importantes. Es más, lo que sostiene nuestras vidas pocas veces se podrá dar a conocer por medio del lenguaje. He aquí la situación existencial del ser humano: sentirse empujado a vivir bajo una certeza inexplicable.

La convivencia con lo invisible

Si nuestra vida se sostuviera en alguna certeza, esta misma sería incapaz de sostenernos inamovibles en ella, pues no logramos pensarla en toda su extensión, ni tampoco decirla. De todas maneras, somos tentados a objetivar la existencia en un esfuerzo que sabemos, será frustrado. En este sentido “La convicción que ella nos aporta de alcanzar lo que es por un sobrevuelo absoluto la aplicamos al hombre y a las cosas, y es por eso que llegamos a pensar lo invisible del hombre como una cosa” (MERLEAU-PONTY, 2010, p. 30). Aún sin encontrar la explicación buscada, intentamos cosificar la vida y la existencia en ese intento de estudiarla y comprenderla, negándonos a aceptar nuestra contingencia. La razón no quiere claudicar ante este esfuerzo, pero no puede tampoco negar su imposibilidad. Incluso aquí se percibe un juego lógico de doble negación que llevaría a una afirmación.

El lenguaje, en esa vuelta sobre el ser, no encontrará respuestas y volverá “con las manos vacías”. Con ello, “Si la palabra, que es sólo una región del mundo inteligible, puede ser también su asilo, es porque ella prolonga en lo invisible [...] que me es definitivamente comprobada por lo visible, y de la que cada evidencia intelectual transmite” (MERLEAU-PONTY, 2010, p. 109). Si algo podemos decir de lo que podemos ver, es apenas el ropaje de lo que guarda lo invisible.

Lo invisible en lo visible es lo que podemos vislumbrar como parte integrante de la realidad, donde el esfuerzo por captarla no es en vano, lo hace necesario nuestra condición humana. Pero que, aunque nos neguemos, sabemos de antemano que es una empresa sin el éxito deseado. Lo que hemos captado en la certeza primera, se va diluyendo cuando el pensamiento se dirige hacia el ser y,

cuando volvemos de la existencia al pensamiento, la certeza casi ha desaparecido y quedan aún más cuestionamientos. Aquella verdad que oficiaba de resorte vital, ahora se ha transformado en preguntas. ¿Cómo aceptar esta limitación? Dirá Marcel que “la verdad se distingue de la realidad en la medida en que es sólo un aspecto, en que es unilateral, mientras que la realidad es por esencia omnicomprendiva” (1953, p. 65). La realidad es mucho más lo que no percibimos y que se mantiene invisible a nuestra existencia, incluso de aquello que podemos ver, captar, comprender. Quizá la certeza primera será la que hemos hallado: la única verdad es justamente un conjunto de preguntas a responder.

Cuando intentamos fijar la realidad, intención primaria cuando hallamos una cierta certeza, corremos el riesgo de perder la riqueza del discurrir de la existencia que debe ser trascendida. Como dice Lévinas:

Al articular el existir como tiempo en lugar de paralizarlo en la permanencia de lo estable, la filosofía del devenir busca desprenderse de la categoría de lo uno que compromete la trascendencia. El surgir o la proyección del porvenir trasciende. No sólo por el conocimiento, sino por el existir mismo del ser. El existir se libera de la unidad de lo existente (2002. p. 283).

346

Trascenderse a sí mismo es la oportunidad de acercamiento al ser quien soy, previo a mi propio pensar. Las certezas que buscamos se verán entonces bajo una atmósfera de invisibilidad con la cual debemos aprender a convivir y esto se nos presenta con mayor importancia que vivir en búsquedas de verdades que siempre serán limitadas, históricas, contingentes. Sin embargo, aquello que soy y que no conozco, aquello de lo invisible, es algo que me acompaña desde que existo hasta el momento de mi muerte.

Conclusión

Comenzamos con una certeza de la cual no podemos dar explicaciones para arribar a una situación en la cual todo nuestro ser revela aún más complejo. El lenguaje deja ver sus falencias, sus limitaciones, pero también su potencial al revelarse como único camino a recorrer en el intento de comprendernos. Esta perplejidad que sobreviene ante el abuso de la confianza en una razón técnico-científica nos lleva a buscar otro tipo de lenguaje de carácter metafísico para -a

duras penas- esbozar algo acerca de la existencia humana. Y aunque nuestra inteligencia reclame su estatuto, es la experiencia la que nos revela algunas de las dimensiones de verdad de nuestra existencia: “la experiencia rompe todo solipsismo, toda afirmación absoluta, todo posicionamiento absoluto sobre uno mismo. Cuando alguien padece una experiencia [...] y no un experimento, padece una salida de sí mismo hacia el otro, o hacia sí mismo” (MÈLICH, 2002, p. 79-80). Será necesario sí, el uso de las ideas y las búsquedas de ciertas verdades, pero ellas deberán ser reconocidas luego en la realidad, pero no tanto en la realidad exterior, sino que hay que hallarlas en las profundidades de nuestro propio ser interior.

Lo que podemos afirmar es esa eterna búsqueda por parte del ser humano de algo o alguien del cual percibe su presencia, en medio de sus ausencias. Pero para poder acercarse al menos mínimamente, deberá realizar una reflexión de segundo grado, sometiendo su primer hallazgo -muchas veces bajo el nombre de certeza- para no caer en el error. Esa búsqueda es parte del deseo de trascendencia en un mundo donde cada vez más, el ser se percibe como extraño. Pero en esto,

El deseo es absoluto, si el ser que desea es mortal y lo Deseado, invisible. La invisibilidad no indica una ausencia de relación; implica relaciones con lo que no está dado, de lo cual no hay idea. La visión es una adecuación entre la idea y la cosa: comprensión que engloba (Lévinas, 2002. p. 58).

Queda por cierto mucho camino por andar, quizá sea otra de las pocas certezas que podemos alcanzar cuando incluso sabemos que no podemos comunicarlas, pues su propia naturaleza es indecible. Aún así, en medio de la tensión vital y del miedo a una cierta angustia existencial, nos sabemos acompañados por lo invisible, por lo que sabemos que preexiste a nuestro yo y que podemos percibir que camina con nosotros.

Referencias

GOLDSTEIN, K. *El análisis de la afasia y el estudio de la esencia del lenguaje*. In: DELACROIX, H., (et al). Trads. Carlos A. Fayard, Ida Germán de Butelman, León Ostrov, Fryda Schultz de Mantovani. Buenos Aires: Paidós, 1962.

GRASSI, M. *(Im) posibilidad y (Sin) razón. La filosofía, o habitar la paradoja*. Buenos Aires: Letra viva, 2014.

JASPERS, K. *La fe filosófica*. Trad. J. Rovira Armengol. Buenos Aires: Losada, 1953.

LÉVINAS, E. *Del otro modo de ser, o más allá de la esencia*. Trad. Antonio Pintor-Ramos. Salamanca: Sígueme, 1987.

LÉVINAS, E. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Trad. Daniel E. Guillot. Salamanca: Sígueme, 2002.

LISPECTOR, C. *La pasión según G. H.* Trad. Alberto Villalba Rodríguez. Editor digital: Titivillus, 1964. Disponible en: <https://libroschorcha.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/12/la-pasion-segun-g-h-clarice-lispector.pdf>

MARCEL, G. *El misterio del ser*. Trad. María Eugenia Valentié. Buenos Aires: Sudamericana, 1953.

MARCEL, G. *Diario Metafísico (1928-1933)*. Trad. Félix del Hoyo. Madrid: Guadarrama, 1969.

MÈLICH, J. C. *Filosofía de la infinitud*. Barcelona: Herder, 2002.

MERLEAU-PONTY, M. *Fenomenología de la percepción*. Trad. Jem Cabanes. Buenos Aires: Planeta Agostini, 1994.

MERLEAU-PONTY, M. *Lo visible y lo invisible*. Trad. Estela Consigli y Bernard Capdevielle. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2010.

RICCEUR, P. *La metáfora viva*. Trad. Agustín Neira. Madrid: Cristiandad, 1980.

SILVA, C. A. F. "Clarice entre o dizível e o indizível". In: *Guairacá*, v. 39, p. 183-199, 2023.

Submissão: 11.08.2025

/

Aceite: 22.11.2025